

La niñas abandonadas de Saint-Nizier (cont.)

(En el episodio anterior, habíamos visto cómo el Padre Coindre había dejado a las dos niñas de Saint-Nizier al cuidado de las Hermanas de San José, en una celda en la antigua Cartuja de Lyon).

A la mañana siguiente, después de la oración de Laudes, Coindre tocaba en la puerta del despacho del párroco de San Bruno, el padre Simón Gagneur.

—Adelante, —se oyó desde el interior una voz carrasposa.

Coindre entró en la pequeña sala que servía de despacho parroquial. Había algunas estanterías y unos pocos libros que no habían soportado demasiado bien el paso del tiempo. El conjunto era pobre y poco acogedor. El padre Gagneur, en cambio, era un hombre sonriente, jovial, un sacerdote que junto a su vocación había también descubierto la alegría de la vida.

—Buenos días, Coindre. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo el párroco incorporándose levemente y señalando la silla que estaba frente a él.

—Buenos días padre Gagneur —respondió Coindre mientras se sentaba—. Le cuento lo que me ocurrió ayer. Pasaba a última hora de la tarde por la iglesia de Saint-Nizier y vi dos niñas sentadas en el pequeño pórtico lateral. Una de diez años, otra de siete. Como no tienen familia, ni sitio donde ir, las traje conmigo. Han pasado la noche aquí cerca, con las Hermanas de San José, pero la Hermana Rose me dice que no puede quedarse con ellas, que tiene llena su pequeña providencia.

—No deja usted de meterse en líos, Coindre, pero veo que siempre es por culpa de los pobres, o sea que esos líos deben estar cerca de Dios —respondió el párroco, que había pasado del sobresalto al asombro, y luego al admiración, mientras escuchaba el relato de su vicario—. Dígame qué es lo que quiere de mí.

—Quiero que me ayude a encontrar un hogar para estas niñas —respondió Coindre.

—Eso no es tarea fácil —dijo el párroco—. Usted sabe que las providencias de niñas están llenas. La crisis de los talleres de seda ha empujado a las calles a cientos de chicas y chicos abandonados y huérfanos. Tenemos que ver si encontramos otro lugar, quizás una casa particular, un asilo de caridad...

—No conoce usted —interrumpió Coindre—, alguna parroquiana caritativa que las pudiera acoger en su casa hasta que encontremos plaza en una providencia.

—Hay una mujer que vive muy cerca de aquí..., en la Rue Masson —titubeó el párroco mientras parecía reflexionar con urgencia—. Es de la familia de los Thévenet, se llama a Claudine. Puedo asegurarle que tiene un corazón de oro y que está presente en todas las buenas obras de la parroquia. Puede ser una posibilidad. ¿Por qué no va usted hablar con ella?

Coindre salió del despacho con un rayo de esperanza pegado a sus ojos. Enseguida enfiló por la Avenida de los Cartujos en una caminata de escasos cinco minutos que le iba llevar a la rue Masson, una pequeña y estrecha calle en pendiente donde se iniciaba el descenso de la colina. Cuando llegó a la dirección que le habían indicado, hizo sonar la campanilla que estaba colgada

junto a la puerta. Enseguida salió una criada que se secaba apresuradamente las manos con un delantal oscuro.

—Buenos días Padre —dijo la muchacha haciendo una leve reverencia al sacerdote.

—Buenos días, niña, estoy buscando a la señorita Claudine Thévenet —respondió Coindre sonriendo.

La joven se retiró de la puerta para dejar pasar al sacerdote, y lo introdujo en un pequeño recibidor. Allí esperó durante unos minutos el Padre Coindre hasta que apareció una mujer de mediana edad, unos 40 años, con facciones muy dulces y ademanes corteses que, sin embargo, no ocultaban la resolución de carácter de una mujer de firmes convicciones. Tenía el rostro limpio y el pelo negro, con algunas incipientes canas, recogido bajo un pañuelo negro.

—Buenos días, Padre. Soy Claudine Thévenet. ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días. Me presento —dijo el joven sacerdote—. Soy el Padre Coindre, vicario de San Bruno. Hace muy poco tiempo que he llegado a la parroquia. Me envía el padre Gagneur, que me ha hablado muy bien de usted. Tengo un problema que usted puede ayudarme a resolver.

Coindre continuó explicando cómo había encontrado a las niñas el día anterior, las había llevado con las Hermanas de San José y la dificultad que tenía en encontrar un lugar para ellas. Claudine permanecía inmóvil escuchando la petición del sacerdote. Sólo cuando Coindre terminó, elevó ambas manos en un gesto de excusa.

—Me gustaría ayudarle, Padre Coindre, y poder recoger a las niñas aquí mismo. Pero esta casa no es mía, es de mi tía. Además, ahora está llena. Como sabe, tenemos la obligación de dar alejamiento a algunos militares y, en este momento, entre la familia, los militares y el servicio, no cabe nadie más. Somos 18 personas, a pesar de que solo hay habitaciones para 10.

—Ya lo siento —replicó el Padre Coindre con un gesto casi de desesperación—. La verdad es que no sé dónde acudir. Mi familia vive cerca de Saint-Nizier, pero mi padre no se encuentra demasiado bien, y el resto de mis parientes ya tienen bastante con atender a sus propias familias. No puedo dejar a esas niñas en la calle; son seres que Dios me ha confiado y debo guardarlas de todos los peligros, como un padre hace con sus hijas.

Claudine miraba detenidamente al sacerdote a medida que éste iba desgranando sus lamentos. Aquel joven, casi un muchacho, tenía algo especial. Brillaba en sus ojos la pasión del amor de Dios que ella también iba sintiendo crecer dentro de sí. “Son seres que Dios me ha confiado y debo guardarlas de todos los peligros, como un padre hace con sus hijas” resonaba con un eco cada vez más fuerte en el interior de Claudine, como si un río contenido se estuviera desbordando de su cauce de forma irreparable.

—Tráigame a esas niñas, Padre. Creo que puedo alojarlas aquí durante unos días a la espera de encontrar un lugar más estable para ellas.

Hay seres humanos a los que Dios elige para que desarrollen una vocación en sus vidas. La mediación de Dios se produce a través de una frase de la Biblia, un momento de oración, un acontecimiento de la vida, el encuentro con una persona. Acababan de encontrarse Claudine y Andrés, dos santos, dos almas elegidas por Dios. Andrés había lanzado la propuesta. Era necesario escuchar la respuesta libre de Claudine para que los planes de Dios se pusieran en marcha. Y lo acababa de hacer. Fiat. “Tráigame a esas niñas”.